

de Dios vino al templo, al tiempo mismo que María y José conducían á Jesus, y recibéndolo Simeon en sus brazos, bendijo á Dios, diciendo: Ahora, Señor, despide á tu siervo en paz, según tu palabra: porque han visto mis ojos tu salud (1). Y en seguida, dirigiéndose á María, divinamente inspirado, arrebatada en un momento todo su gozo y alegría, atravesando su pecho con un cuchillo de dolor, con estas palabras: «Advertid, Señora, que este Niño está destinado á ser el blanco de toda suerte de contradicciones, y una penetrante espada de dolor traspasará tu alma: *Ecce positus est hic in signum cui contradicetur, et tuam ipsius animam pertransibit gladius.*»

¡Qué palabras acabas de pronunciar, oh varón santo y venerable anciano! ¡Ignoras el efecto que ellas han producido en el corazón de esa tierna Virgen! Si tanto tiene que padecer, si su Hijo ha de sufrir crueles tormentos y ha de acabar su vida en un patíbulo afrentoso, si ella está destinada para padecer en su alma, cuanto su Hijo en su cuerpo, ¿por qué adelantas su amargura y sus dolores, poniendo ante sus ojos el cuadro trágico de la pasión? ¿Qué necesidad tiene de empezar tan presto la carrera de su martirio?... ¡Mas ay! Cuando Jesucristo fué predestinado para reparador de la estirpe culpable, lo fué también María para Co-redentora de la humanidad, y así como el Hijo empieza á derramar su sangre en la circuncisión, para mostrarnos su anhelo de verterla toda por nuestra salud, la Madre empieza también á padecer al poco tiempo, ó mejor diré, empieza á sufrir una cadena de dolores que no habían de tener interrupción.

(1) Luc. cap. II, v. 25 et seq.

Dijimos que el dolor que causó en el corazón de María el vaticinio de Simeon, le produjo una llaga que no se cicatrizó en todos los días de su vida: y en efecto, este dolor fué como el preludio de todos los que había de sufrir más tarde, en la pasión y muerte del fruto bendito de sus purísimas entrañas. No era posible que María encontrase ya quien pudiese consolarla, teniendo presentes desde aquel instante los tormentos que había de sufrir su Hijo Jesus. Me parece oírle exclamar: trastornado ha sido mi corazón dentro de mí misma, porque llena estoy de amargura... Estoy gimiendo y no hay quien me consuele: *subversum est cor meum in memetipsa quoniam amaritudine plena sum...* Audierunt quia engenisco ego, et non est qui consoletur me (1).

Y así es la verdad, mis amadísimos hermanos, porque María, que era una mujer instruida, que había leído las Escrituras, es iluminada en el momento de oír á Simeon que le anuncia que su Hijo será el blanco de la contradicción y de las persecuciones de sus enemigos, y pónesele delante de sus ojos, los insultos, las bofetadas, los sarcasmos, los azotes, las espinas, la crucifixión y todos los tormentos, y miraba al Hijo de sus entrañas... y contemplaba su rostro, espejo donde se miran los ángeles... y sus tiernas manecitas, que se abrían para acariciarle... y aquellos hermosos y blancos y torneados piececitos, y la idea de los clavos y de los tormentos le producían un dolor que dividía su corazón: cada día que iba pasando veía más próximo el del sacrificio, y cuidaba con el mayor esmero á la divina víctima. La amargura de un Jacob al ver la túnica ensangrentada de su hijo José á quien tanto

(1) Thren. cap. I, v. 20 y 21.

amaba, no es ni un leve bosquejo del dolor continuo de María al ver á su hijo y contemplar sus padecimientos y su muerte.

Yo quiero recurrir á vosotras, madres que me escuchais: ni vosotras podeis compararos con María, ni vuestros hijos con el suyo: sin embargo, sois madres y amais á vuestros hijos. Pues bien; si os presentáseis en el templo trayendo en vuestros brazos al hijo de vuestras entrañas, y un sacerdote santo inspirado por Dios os dijese: «Este niño sufrirá los rigores de la mas cruel persecucion; será insultado, afrentado, atormentado de un modo increíble, y por último, concluirá su vida en el patíbulo de los criminales,» decidme: ¿qué efecto producirian en vosotras estos lúgubres vaticinios? ¡Ah! que ya veo que de solo suponerlo os estremeceis: si fuera cierto, poblariais los aires con vuestros lamentos; vuestro corazon se llenaria de amargura, y os alimentariais con vuestras lágrimas. En verdad que no encontrariais consuelo, y concluirian para vosotras el gozo y la alegría: mirariais á vuestro tierno infante, y el recuerdo de su desastroso fin os llenaria de amargura. Considerad ahora la espada de dolor que atravesaria el corazon de la Purísima María al escuchar la profecía de Simeon, y ved si habria en adelante para ella un momento de consuelo.

Yo abro las páginas de la Escritura Santa con el objeto de buscar símiles para hacer comprender el dolor intenso de la Reina de los mártires, y no encuentro sino débiles pinturas. Hallo en verdad, madres afligidísimas y en el mayor desconsuelo: veo la afliccion de Agar en el desierto, viendo perecer de sed á su querido hijo Ismael, y no siéndole posible el socor-

rerle (1). Veo á Respha presenciando el martirio de sus hijos (2). Observo... ¡pero á donde voy!... Toda comparacion es inoportuna, pues aquellas mujeres no tuvieron un conocimiento anticipado de las desgracias de sus hijos, como lo tuvo María, y no hay comparacion posible entre la madre de un hombre y la madre de un Dios: los escritores mas sábios hánse visto precisados á renunciar el describir toda la profundidad del dolor que causó en la Santísima Vírgen el vaticinio de Simeon; y yo, el menos ilustrado de los dispensadores de la divina palabra, solo puedo escitaros á compadecer una pena, un dolor que no me es dado comprender ni explicar.

Seguramente que no podreis menos de compadecer á esa Purísima Vírgen, que desde el momento mismo en que escucha las tristes espresiones del anciano profeta, tiene ante la vista todas las afrentas, injurias y desprecios de que habia de ser víctima su Divino Jesus. Acompañadla, pues, con sentimientos de piedad, y procurad no renovar el dolor que es objeto de nuestra meditacion de hoy. «Este Niño, dijo el profeta, será el blanco de las contradicciones.» Vamos, pues, á ver cuán grande es la ingratitud del cristiano; que renueva el dolor de María, contradiciendo á Jesus por la inobservancia de su divina ley. Esta reflexion moral y útil es la que ofrecí y que dará materia á la

SEGUNDA PARTE.

El pueblo cristiano debia formar un trasunto de la celestial Jerusalem: ser cristianos y ser santos, debia

(1) Génes. cap. XXI, v. 16.
(2) II. Reg. cap. XXI.

ser todo una cosa, como era en la primera época del cristianismo. Jesucristo, que por nuestra salud descendió del cielo á la tierra de nuestra peregrinacion, nos dejó un código de leyes que fielmente observadas darian por resultado una sociedad de ángeles. Si los cristianos de los primeros siglos adoraban á Dios en espíritu y verdad; si vivian entre sí unidos con los vínculos de la caridad; si se socorrian espiritual y corporalmente, rogando los unos por los otros y dividiendo entre sí los bienes que poseian, para que ninguno experimentase la miseria; si huian de todo lo que podia ser ofensa de Dios, y no encontraban mas gozo que en la práctica de las virtudes; si se encontraban llenos de fortaleza para hacer frente á los tiranos y resistir los tormentos del martirio, todo esto tenia por causa el que eran observantes de la ley evangélica que habian abrazado: su conducta daba á comprender suficientemente que eran fieles á las promesas que habian hecho en el bautismo.

Ahora bien, si nuestra religion es la misma que la de ellos; si en nada se han variado nuestras leyes religiosas; si vivimos en la misma fé y en la participacion de los mismos sacramentos, ¿en qué consiste la diferencia tan notable que generalmente se advierte en nuestra conducta y modo de obrar comparado con la de aquellos fieles? Yo veo, mis hermanos, que muchos cristianos lo son tan solo en el nombre ó en la apariencia, toda vez que sus costumbres son mas bien de paganos que de miembros de la Iglesia de Jesucristo. El legislador divino de nuestra santa ley nos prescribe que amemos á Dios sobre todas las cosas: no diré yo que los cristianos reconozcan ni adoren otros dioses; pero ¿no forman ídolos de sus pasiones?

¿No queman incienso ante objetos profanos que les arrebatan su atencion? ¿No quitan á Dios la adoracion que le es debida y que de derecho le corresponde, entregando todo el afecto del corazon á las criaturas? ¿No provocan la ira del Señor con su conducta poco cristiana? El camino de la cruz es el que conduce al cielo; pero ¿no hay muchos cristianos que olvidándose por completo de sus obligaciones viven envueltos en los mas criminales vicios? Nuestra lengua solo debe emplearse en alabar á Dios y en los usos que nos son necesarios para vivir en sociedad, ¿y no se oye continuamente blasfemar de la Divinidad y de cuanto hay sagrado? ¿No emplean muchos este miembro en zaherir al prójimo, faltando al precepto de la caridad fraterna?

Vosotros sabeis, mis hermanos, que uno de los motivos de la venida de Jesucristo fué el vencer al pecado: que el pecado habia sido el instrumento de que se valió el demonio para perder al hombre, que Dios siendo la santidad por esencia, aborrece al pecado con un odio eterno é infinito, y que por lo tanto el hombre no puede dejar de ser enemigo de Dios, mientras no le deteste y le abomine.

No creo haber salido de los límites de la verdad, cuando he dicho que el cristiano que contradice á Jesucristo por la inobservancia de su divina ley, renueva el dolor que recibiera la Santísima Virgen, al oír de lábios del anciano Simeon que su Hijo habia de ser el blanco de toda suerte de contradicciones. Porque en efecto, si tan profundo y permanente fué su dolor, por solo la consideracion de los tormentos y afrentas que Jesus habia de recibir del pueblo ingrato que no le conoció, si tan terrible fué la angustia de su alma

desde el momento mismo en que se presentaron á su imaginacion, con el vaticinio que escuchára en el templo, las contradicciones y persecuciones de que habia de ser víctima el divino fruto de sus entrañas; si tan aguda fué la espada de tribulacion que atravesó su maternal corazon á la sola idea de la pasion y muerte del Redentor de la humanidad, ¿cómo mirará con indiferencia nuestros pecados, toda vez que con ellos renovamos, como se esplica el Apóstol, la trágica escena del Calvario? María ama con amor de preferencia á su Santísimo Hijo, y desea que todas las criaturas le amen y vivan en conformidad con su divina ley. ¡Ah! ¡Qué angustia no causa á su corazon, el observar lo poco que algunos cristianos se aprovechan de los frutos de la Redencion! ¡Y cuánto no afligen á esta purísima Virgen los que queriéndose escudar con su devocion, son soberbios, altivos, vengativos, lascivos, y que estos ú otros vicios son el contrasentido de la moral de Jesucristo! ¡Ah! y esta nuestra ingratitude y este desprecio que se habia de hacer de la ley de su divino Hijo, y las persecuciones que habia de experimentar la Iglesia en la sucecion de los siglos, y los cismas y las heregías, y... todo estuvo presente al iluminado entendimiento de María, desde el instante en que vibrára en sus oidos la palabra del profeta que en sus brazos recibiera el Divino Jesus.

Reconozcamos, M. A. O., nuestra pasada ingratitude, y ya que el asunto de nuestras meditaciones de este dia, ha sido el dolor que le produjo el lúgubre anuncio de Simeon, procuremos acompañarla con sentimientos y afectos de piedad, y postrados en su presencia, ofrezcámosla nuestros corazones

y propósito de vivir cristianamente en adelante.

Si, dolorosísima Madre; nosotros sentimos cual debemos vuestro dolor, y tambien las veces que os lo hemos renovado por nuestra anticristiana conducta. De ello nos arrepentimos; quisiéramos no haber faltado jamás á nuestros deberes religiosos, y desde hoy nos proponemos mostrar nuestra gratitud á vuestro Santísimo Hijo, que nos redimió con su preciosísima sangre, y á vos, Madre nuestra, que por vuestro destino de Co-redentora del mundo, tantos dolores sufristeis por nosotros. Ayudados con el auxilio de Dios que esperamos conseguir por vuestra mediacion, viviremos cristianamente en la práctica de las virtudes, que nos guiarán á la pátria celestial. *Amen.*